

Él también era mi hijo

#secretosdemiduelo

Nuestro equipo

5-6 minutos



Imagen sacada desde Internet

Escrito por Jay Sheridan, papá de Tommy

Realmente no sé como empezar éstas líneas. Pero empezaré diciendo que aún recuerdo vívidamente ese momento en que la doctora salió de la sala y nos dijo: “hicimos todo lo que pudimos”. Me sentí tan débil, que necesité la pared que estaba atrás mío para apoyarme y no caer. Nos dijeron que lo único que podían hacer por nosotros era traerlo para despedirnos, luego de que lo desconectarán. Mi esposa dijo que no, creo que estaba en shock, pero yo pedí que lo hicieran, necesitaba verlo y cargarlo en mis

brazos. Era mi única oportunidad. Lo trajeron envuelto en una sábana, solamente se veía su carita. Nunca había visto algo tan hermoso en mi vida, fue la única vez que he visto algo tan perfecto. Mi hijo era y siempre será perfecto en mis ojos. En ese tan poco tiempo, estudié y estudié y estudié su cara, para poder recordarla. Y ahora siento mucha rabia y mucha pena porque solo puedo recordarla gracias a las pocas fotos que logramos sacar. La familia de mi esposa alcanzó a llegar a esa salita triste, donde nos estábamos despidiendo de nuestro hijo. Por un lado sentí alivio, pero al mismo tiempo no quería dejarlo ir. Cuando llegó el momento de que lo llevaran a la morgue, y ahora puedo recordarlo después de casi dos años, me impactó el hecho de que lo que usaron para transportarlo fue una caja de plástico, de esas que usan para poner ropa. Mi vida entera cabía en esa estúpida caja de plástico.

Luego del shock, la pena, y la desesperación inicial, y después de su funeral, tuve que volver a trabajar cuando tan solo habían pasado 4 días. Necesitábamos el dinero, y mi esposa no estaba en condiciones de trabajar. Y ahí fue cuando comencé a darme cuenta de la gran diferencia que hay entre el duelo del padre y el duelo de la madre. A cualquier lado que iba, y durante meses después de este suceso, la gente me preguntaba con una sonrisa en su cara, “¿cómo estás?”, para luego cambiar su expresión y con un tono de pena preguntar: “¿y cómo está la señora?”. Muchas personas me dijeron que tenía que ser fuerte por mi esposa, que tenía que cuidarla. En una ocasión en particular, me encontré con un ex compañero de trabajo, que me preguntó: “¿cómo está el bebé?”. Con mucha dificultad le respondí que

había muerto, y con el mismo tono que uno usaría para referirse a alguien que se le ha roto una uña, me dijo: “que lástima, pero estas cosas pasan, tienes que superarlo no más”. Si no hubiese caminado lejos de él en ese momento, posiblemente me hubieran arrestado por partírla la cara. Dejé de cuidarme y de preocuparme de que pudiera pasarme. Sentía tanto enojo que muy en el fondo, esperaba que alguien me molestara al punto de tener que golpearlo y poder así, deshacerme de mi rabia. Afortunadamente eso nunca pasó.

Si mi esposa quería gritar, tirar cosas, maldecir al mundo, estaba bien, porque su hijo había muerto. Pero si yo quería hacerlo, me juzgaban de forma inmediata como la peor de las personas. Si mi esposa quería quedarse en cama y no hablar con nadie ni ver gente, estaba bien, porque su hijo había muerto. Pero cada vez que el timbre o el teléfono sonaba, era yo el que tenía que dar las excusas. Mi esposa tenía permiso para estar de duelo y tomarse su tiempo, yo tenía que seguir con la vida y superarlo rápido, para cuidarla a ella y a mi,

Pero yo estaba dolido, estaba en duelo, necesitaba comprensión y apoyo, y en cada lugar que iba me encontraba con indiferencia. ¿Es qué acaso por qué somos hombres, no sentimos?. Odio que en nuestra sociedad los hombres tenemos que ser fuertes, “machos”. No podemos llorar porque es de débiles, porque “los hombres de verdad no lo hacen”. ¡Al diablo con esas estúpidas convenciones!. Era mi bebé, era mi hijo, no lo llevé 38 semanas en mi vientre como lo hizo su mamá, pero él y yo teníamos y aún tenemos una conexión que nunca creí posible. Sé que soy una

persona a la cual le cuesta mucho expresar sus sentimientos, y desde el principio supe que cuando mi hijo naciera, él me iba a romper. Pero jamás pensé que de esta manera 😞 Cuando lo vi conectado a esas máquinas, y tuve que dejarlo en la UCI neonatal, lloré como nunca había llorado en mi vida.

Han pasado casi dos años, y su partida duele como el primer día. Me parte el alma que mis dedos hayan olvidado como se sentía su piel, pero puedan recordar perfectamente la textura de su ataúd. Ese ataúd pequeñito, que llevé solo, porque era tan liviano que no necesité de otra persona para que me ayudara a llevarlo. Mi corazón de padre lo extraña como loco, cada día de mi vida lo extraño, y cada día de mi vida lo extrañaré. Mi corazón aún late, mis pulmones aún se llenan de aire, pero dejé de vivir el día que mi hijo dejó de hacerlo.

Cuando Andrea estaba embarazada, ella siempre me preguntaba si acaso besaría a mi hijo en la boca, (en Estados Unidos, de donde yo vengo, no es algo muy común). Mi respuesta siempre fue, “no sé”. Pero cuando lo tuve en mis brazos, lo besé en su boquita. Y daría todo lo que tengo en esta vida, por poder besar esa boquita perfecta una vez más.